

tos y literatos que formaban la redacción de la *Revista de Extremadura*.

Cáceres supo honrar la memoria de la gran Reina, tan ligada a la historia extremeña y forjadora de la grandeza hispana. El día 26 de noviembre, el Ayuntamiento, con maceros y música, se trasladó a la Iglesia de Santa María, donde se celebraron solemnes funerales, oficiados por don José Fogués, Secretario del señor Obispo.

El Panegírico estuvo a cargo del Deán de Plasencia, don Eugenio Escobar.

Habíase alzado soberbio catafalco, que remataba la corona real, alumbrado por doce hachones. Gasas y escudos colgaban de las bóvedas; en sendas rodela, lucían las cruces de Santiago y Alcántara, símbolo de dos órdenes nacidas en Extremadura.

Terminada la función, fueron descubiertas, simbólicamente, dos lápidas conmemorativas, que más tarde se colocaron, esculpidas en mármol blanco, una junto al Arco de la Estrella y la otra en la Casa de los Golfines. La primera, que aún se conserva, dice así:

«Aquí, al entrar en la N. y M. L. Villa de Cáceres, juraron sus fueros y privilegios la Reina D.^a Isabel, el 30 de Junio de 1477, y el Rey D. Fernando, el 27 de Febrero de 1479. A propuesta de la Comisión de Monumentos, consagran este recuerdo en el IV centenario del fallecimiento de aquella Reina la Diputación Provincial y el Ayuntamiento de esta Ciudad».

En la otra lápida —hoy, por fortuna desaparecida, porque desentonaba en la bella fachada de los Golfines—, decía:

«Aquí, en la casa de Alonso Golfín, su vasallo, se aposentaron Sus Altezas los Reyes Católicos, D. Fernando y D.^a Isabel».

¡Curioso enlace! ¡Canalejas y la Reina Católica! Y, sin embargo, no son tan dispares estas figuras. Ambos con gran talento, si las doctrinas de Canalejas tenían matices revolucionarios, revolucionaria fué doña Isabel. Guardando la adecuada distancia, con buena voluntad quiso el político servir a España y con suprema voluntad sirvió a España la reina providencial.

La gente de Cáceres, al hacer el enlace de los dos nombres en 1904, no se preocupó de ir a buscar parangones en la filosofía de la Historia. Tuvo bastante con comentar la visita y el centenario, mientras se lamentaba de que a un peón de albañil hubiera que pagarle por cualquier «chapuza» de un día cinco reales, y de que costara diez céntimos el kilo de carbón y veinte el de judías.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO



Por la vereda...

A Manuel Monterrey, con emocionada admiración.

I

La paz del campo en la tarde
maduraba su promesa.

Yo marchaba lentamente
por la indecisa vereda.

Un silencio de quietudes
sin horizontes de tierra,
me modelaba, y mi estatua
era soledad escueta.

II

Y así me habló el corazón
bajo la copa de la encina vieja:

—Ya he descansado.

Vuélveme al combate
de la dura vida inquieta.
Esta delicia de la paz me mata;
dame el peligro de la herida abierta.

III

Estruendo humano prorrumpió el silencio,
el horizonte confinó la tierra,
y en la sangre de su ocaso
hundía el sol las conciencias.

La paz del campo en la tarde
enterraba su promesa.

(Yo regresaba deprimida,
temblando, por la vereda ...)

FERNANDO BRAVO Y BRAVO